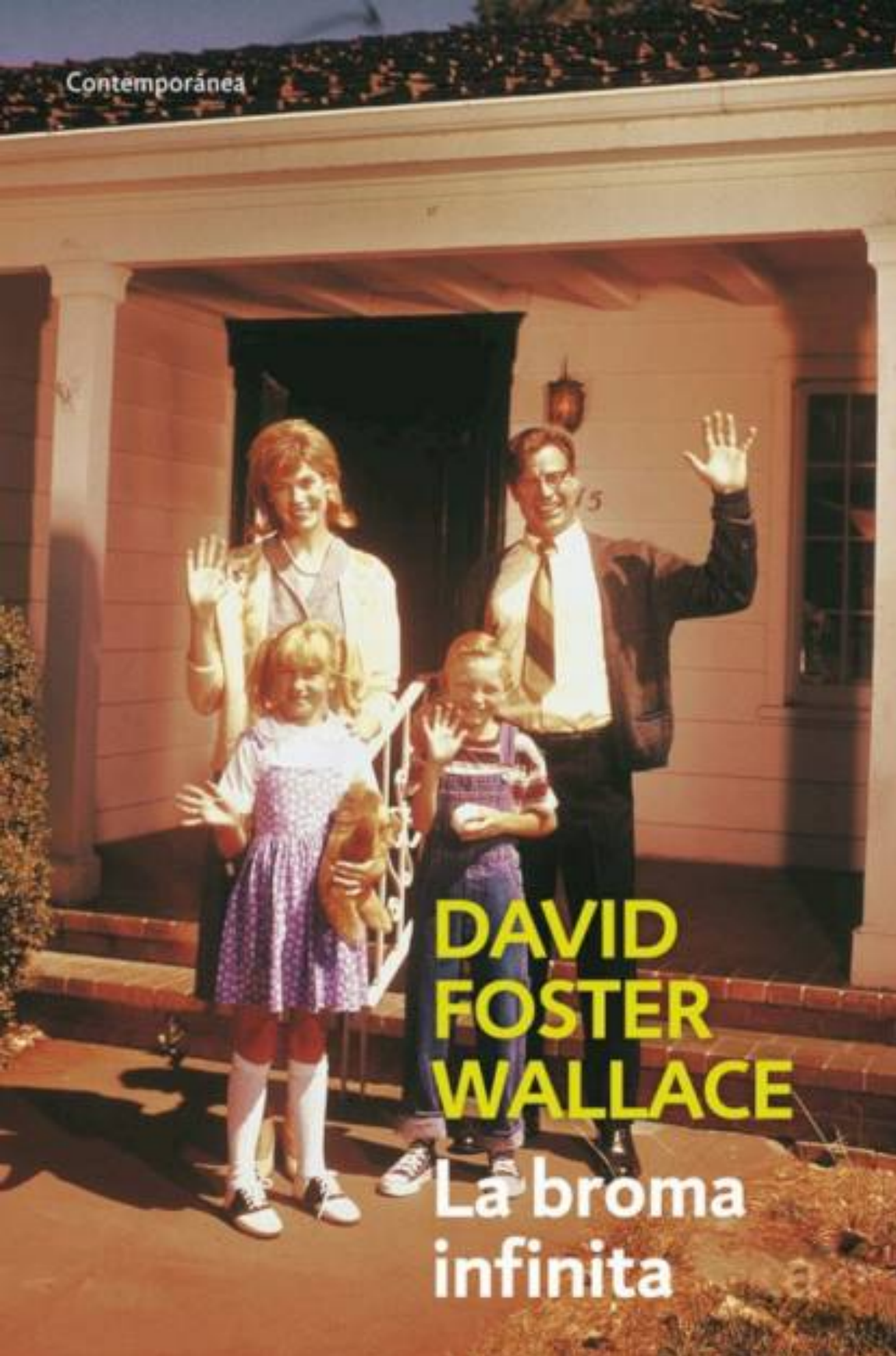


Contemporánea



**DAVID
FOSTER
WALLACE**

**La broma
infinita**

Un lugar: Enfield, Massachusetts. A cien millas de la Gran Concavidad, un yermo radiactivo lleno de bebés mutantes del tamaño de aviones, criaturas sin cráneo y hordas de há-msters salvajes.

Una época: el año de la Ropa Interior para Adultos Depend, en el Tiempo Subsidiado, en una América gobernada por el totalitarismo ecológico de la ONANA, gobernada a su vez por la oscura Oficina de Servicios No Especificados, en guerra perpetua contra el ultraviolento antiONANismo de Quebec.

Una institución: la Academia Enfield de Tenis, ultraelitista y dirigida por una disciplina destinada a abolir todo placer. Surcada de túneles secretos, llena de poltergeists y provista de un gurú lamedor de sudor.

Una familia: los Incandenza. James Incandenza, óptico militar del gobierno convertido en cineasta de après-garde, y su mujer, la promiscua Avril, llena de oscuras conexiones con la guerrilla de Quebec. Y sus tres hijos, Orin, pateador genial de fútbol americano y seductor transnacional; Mario, enano y deforme, cineasta como su padre y poseedor de una sensibilidad prodigiosa, y el menor, Hal, promesa del tenis juvenil y atormentado por un secreto terrible.

Una película: El *samizdat*. El Entretenimiento. *La broma infinita*. Con el poder de enloqueer a todo el que la vea y destruir así la civilización. El arma perfecta por la que todos se enzarzarán en la Guerra Final por el control de América.

A F.P. Foster: R.I.P.

AÑO DE GLAD

Estoy sentado en una sala, rodeado de cabezas y de cuerpos. Mi postura es conscientemente congruente con la forma de mi dura silla. Es una fría habitación en la administración de la universidad con las paredes forradas de madera, con cuadros al estilo Remington, y ventanas dobles que la protegen de la canícula de noviembre. Los ruidos administrativos quedan aislados por la sala de recepción por la que acabamos de entrar el tío Charles, el señor DeLint y yo.

Yo estoy aquí dentro.

Tres rostros perentorios se sitúan encima de sendas americanas ligeras de verano y anchas corbatas de seda en la otra punta de una pulida mesa de conferencias de pino que brilla con la luz cual telaraña del atardecer de Arizona. Son tres decanos: el de admisiones, el de asuntos académicos y el de asuntos deportivos. No sé qué rostro pertenece a quién.

Creo estar dando una imagen neutra, quizá incluso agradable, aunque se me ha aconsejado que es preferible que ande por la senda de la neutralidad y que ni siquiera intente lo que a mí me parecería una expresión amable o una sonrisa.

Me he decidido por cruzar las piernas, espero que cuidadosamente, el tobillo sobre la rodilla, las manos juntas sobre los pantalones. Tengo los dedos entrelazados en una sucesión especular de lo que a mí me parece una letra equis. El personal restante de la sala de entrevistas incluye a: el director de redacción de la universidad, el entrenador del primer equipo de tenis y A. DeLint, prorector de mi academia. A mi lado está C.T.; los demás están respectivamente sentados, de pie y de pie en la periferia de mi vi-

sión. El entrenador de tenis juguetea con unas monedas. Hay algo vagamente estomacal en el olor de la habitación. La suela de alta tracción de mi maravillosa zapatilla Nike corre paralela al bamboleante zapatón deportivo del hermanastro de mi madre, presente en su condición de director de estudios de mi escuela, sentado en la que espero que sea la silla de mi derecha y también de cara a los decanos.

El decano de la izquierda, un hombre flaco y amarillento cuya sonrisa invariable tiene sin embargo la calidad inmanente de algo estampado en un material nada receptivo, es de un tipo de personalidad que últimamente he llegado a apreciar, del tipo que aplaza la necesidad de que yo responda o explique cualquier cosa porque él mismo se encarga de dar mi versión de la historia en mi nombre. Y me la cuenta a mí. El decano del medio, una especie de león en decadencia, le pasa una pila de hojas de ordenador y él parece hablarle al papel, con una sonrisa disimulada.

—Usted es Harold Incandenza, dieciocho años, fecha de graduación aproximadamente dentro de un mes, asiste a la Academia Enfield de Tenis, en Enfield, Massachusetts, un internado en el cual reside. —Sus gafas de lectura son rectangulares, con forma de cancha de tenis, con las líneas de banda de esa cancha por encima y por debajo—. Según el entrenador White y el decano (ilegible), es usted un jugador de tenis listado en los rankings junior locales, nacionales y continentales, un atleta con potencial suficiente para ser miembro de la ONANCAA, una promesa en bruto, reclutado por el entrenador White mediante correspondencia con el doctor Tavis... de febrero de este año. —Quita la primera página y la pone cuidadosamente al final de la pila—. Reside en la Academia Enfield de Tenis desde que tiene siete años.

No me atrevo a rascarme el lado derecho de la mandíbula, donde tengo un lobanillo.

—El entrenador White ha informado a nuestra oficina de que tiene en alta estima el programa y los logros de la Academia Enfield de Tenis y que el equipo de tenis de la Universidad de Arizona se ha beneficiado con la matriculación de varios ex alumnos de la AET, uno de los cuales fue el señor Aubrey F. DeLint, quien hoy está aquí, a su lado. El entrenador White y su equipo nos han proporcionado...

La forma de expresarse del amarillento administrador carece de toda distinción, aunque debo admitir que se hace comprender. El director de redacción parece tener una cantidad de cejas mayor de lo normal. El decano de la derecha me mira a la cara de una forma un tanto rara.

Tío Charles les está diciendo que aunque puede anticipar que acaso los decanos puedan estar predispuestos a considerar lo que él afirme como el discurso de una especie de *cheerleader* de la AET, él, de cualquier modo, no puede menos de asegurar a los decanos presentes en esta sala que lo que se acaba de afirmar es la pura verdad y que en este mismísimo momento la academia tiene como residentes a no menos de un tercio de los treinta primeros *top juniors* del continente y de todas las edades posibles, y que yo aquí presente, a quien se me llama normalmente «Hal», estoy «en la cima, entre la mismísima crema». Los decanos de la derecha y la izquierda sonrían con aire profesional; DeLint y el entrenador inclinan sus cabezas mientras el decano de la izquierda se aclara la garganta.

—... creo que usted bien podría hacer, incluso en su primer año, una sólida contribución al equipo de tenis de esta universidad. Nos congratulamos —dice o lee apartando una página— de que un torneo local le haya traído aquí y nos haya dado la oportunidad de reunirnos y hablar sobre su solicitud de ingreso, y su posible admisión, matriculación y beca.

—Se me ha pedido que añada que Hal, aquí presente, ha sido clasificado en singles como el tercer cabeza de serie en el prestigioso torneo WhataBurger Southwest Junior

Invitational para menores de dieciocho años en el Randolph Tennis Center —dice quien imagino que es el de asuntos deportivos, uno de cabeza gacha con pecas en la calva.

—Sí, el que está en el parque Randolph, cerca del famoso El Con Marriott —inserta C.T.—, un club del que hasta la fecha todo el mundo ha coincidido en declarar de primerísima clase, y que...

—Bien dicho, Chuck, y también que, de acuerdo con Chuck, Hal ya ha justificado su clasificación al llegar esta mañana a las semifinales con una victoria al parecer impresionante, y que mañana volverá a jugar contra el ganador del partido de cuartos de final de esta noche; creo que será mañana a las ocho y media en punto...

—Trata de ponerte por delante antes de que te dé de lleno el maldito calorazo que hace por estos lares. Aunque, por supuesto, es un calor seco.

—... y parece que ya se ha clasificado para participar en el Continental Indoors del próximo invierno en Edmonton, según me ha dicho Kirk —dice inclinando el cuerpo hacia delante para levantar la mirada y dirigirse al entrenador que está a la izquierda, cuya sonrisa permite vislumbrar unos dientes relucientes sobre un violento bronceado de fondo—. Lo que no es moco de pavo, diría yo. —Sonríe y me dirige la mirada—. ¿Son correctos nuestros datos, Hal?

C. T. ha cruzado los brazos con gran naturalidad. Sus tríceps están salpicados de manchas a la luz de un sol de aire acondicionado.

—Sin la menor duda, Bill. —Sonríe. Las dos mitades de su bigote nunca están del todo simétricas—. Y permítase-me decir que Hal está entusiasmado, entusiasmado de que le hayan invitado al Invitational por tercer año consecutivo y de estar aquí, en una comunidad por la que siente verdadero afecto, y de conocer al alumnado y al equipo técnico y de haber justificado su alta clasificación en la competición nada fácil de esta semana, de estar aún allí sin haber bajado la guardia en ningún momento y, sobre todo, de haber

tenido la oportunidad de conocerlos a ustedes, caballeros, y de visitar las instalaciones. Aquí todo parece del máximo nivel, por lo que ha visto.

Se produce un silencio. DeLint se rasca la espalda fro-tándola contra la pared y vuelve a equilibrar su peso. Mi tío sonríe y se inclina hacia delante como un fleje disparado. El sesenta y dos coma cinco por ciento de los rostros presentes se dirigen hacia mí, agradablemente expectantes. El pecho se me agita como una secadora llena de zapatos. Compongo lo que espero que les parecerá una sonrisa. Miro en una y otra dirección delicadamente, como intentando dirigir mi expresión sin olvidarme de nadie.

Nuevo silencio. Las cejas del decano amarillento se ponen circunflejas. Los otros dos decanos miran al director de redacción. El entrenador de tenis se ha trasladado hasta la ancha ventana rascándose la nuca. Tío Charles se toca el antebrazo por encima del reloj. Abruptas y curvilíneas sombras de palmeras avanzan lentamente por el brillo de la mesa; la cabeza de alguien es una sombra como de negra luna.

—¿Hal se encuentra bien, Chuck? —pregunta el de asuntos deportivos—. Parece... como si hiciera una mueca. ¿Le duele algo? ¿Sientes algún dolor, hijo?

—Hal está estupendamente —dice sonriente mi tío calmado el ambiente con un movimiento de la mano—. Solo se trata de lo que quizá podríamos llamar un tic facial, no gran cosa, debido a la adrenalina de estar aquí en un campus que impresiona a cualquiera, de haber justificado su ranking sin perder hasta ahora ni un solo set, de recibir por escrito del entrenador White una oferta oficial con membrete de la Pac-10 no solo de exclusiva sino también de pensión mensual completa y de estar pendiente de que con toda probabilidad hoy y aquí mismo firme una declaración de compromiso con la universidad, según me ha indicado. — C.T. me dirige una mirada espantosamente amable. Yo hago lo más seguro: relajo todos los músculos de mi cara y la

vacío de toda expresión. Observo cuidadosamente el nudo a lo Kekulé de la corbata del decano que se sienta en medio.

Mi respuesta silenciosa al silencio expectante empieza a afectar al ambiente de la sala; el polvo y las hilachas de la ropa deportiva, agitados por las ráfagas del aire acondicionado, bailan en medio del sesgado rayo de luz que entra por la ventana; el aire sobre la mesa es un espacio burbujeante como un vaso de soda recién servida. El entrenador, con un acento que no acaba de ser ni británico ni australiano, le comunica a C.T. que todo el proceso de solicitud por interfaz, si bien por lo general es una mera y agradable formalidad, podría encaminarse mejor si se permite que el solicitante hable por sí mismo. Los decanos del centro y de la derecha se inclinan para conferenciar en voz baja formando una especie de tienda tribal de piel y pelos. Supongo que probablemente el entrenador quiso decir «ir mejor» en vez de «encaminarse mejor», aunque «acelerarse», si bien es más rebuscado que «ir mejor», sería más sensato como error desde un punto de vista fonético. El decano del chato rostro amarillento se inclina hacia delante enseñando las encías en lo que a mí me parece un gesto de preocupación. Junta las manos sobre la mesa de reuniones. Sus dedos parecen copular mientras mi propia serie de equis manual se disuelve cuando me aferro a los lados de mi silla.

Empieza a decir que habría cierta necesidad de que ellos y yo hablásemos francamente de algunos problemas potenciales de mi solicitud. Y hace una referencia al valor de la sinceridad.

—Los problemas que debe afrontar mi despacho en la documentación de tu solicitud, Hal, están relacionados con los resultados de tus exámenes. —Baja la mirada hasta una colorida página de resultados oficiales que esconde tras la trinchera de sus brazos—. El personal de admisiones está viendo que tus calificaciones, y estoy seguro de que lo sa-

bes y de que lo puedes explicar, son... ¿cómo diríamos?... subnormales.

Les debo una explicación.

Resulta evidente que este tipo amarillento y bastante sincero de la izquierda es el decano de admisiones. Y no puede haber la menor duda, entonces, de que la pequeña figura de pajarraco de la derecha es el de deportes, porque las arrugas faciales del hirsuto decano del medio están fruncidas como ante una lejana afrenta, en una expresión de «Estoy comiendo algo que realmente me hace apreciar la bebida con que lo acompaño», que transmite reservas profesionalmente académicas. Por tanto, allí campea una inquebrantable lealtad a las normas. Mi tío mira perplejo al de deportes. Se mueve un poco en la silla.

La incongruencia entre la mano del de admisiones y el color de su rostro es algo bastante impresionante.

—... resultados orales que están demasiado próximos al cero como para poder sentirnos cómodos, y más si tenemos en cuenta el informe del colegio en el que tus padres son los administradores —dice leyendo directamente del papel escondido en la elipsis de sus brazos—... Que este último año, sí, ha bajado un poco, pero quiero decir que ha «bajado» a extraordinario después de tres años de francamente increíble.

—Más allá de lo imaginable.

—La mayoría de las instituciones ni siquiera tienen notas de «sobresaliente» con prefijos superlativos múltiples —dice el director de redacción con una expresión imposible de interpretar.

—Esta clase de... ¿cómo podríamos clasificarla?... de incongruencia —dice el de admisiones con expresión sincera y preocupada—, tengo que decirte que suscita una alerta roja de conflicto potencial durante el proceso de admisión.

—Por tanto, te invitamos a que expliques la aparición de estas incongruencias, para no decir auténticas tomadu-

ras de pelo. —El de alumnado tiene una vocecita chillona; resulta ridículo que provenga de una cara tan grande como la suya.

—Seguramente por «increíble» usted quiso decir algo impresionante, muy impresionante como opuesto a un «increíble» literal —dice C.T. dando la impresión de observar al entrenador, que se masajea la nuca junto a la ventana. La ventana inmensa muestra únicamente un sol deslumbrante y la tierra agrietada y recubierta por un calor trémulo.

—Así que nos enfrentamos no con los dos ensayos obligatorios para ser admitido, sino con nueve ensayos distintos, algunos de los cuales son tan largos como monografías, y todos ellos sin excepción son... —Cambia de página — ... el adjetivo que varios lectores han coincidido en usar es «estelar»...

—Yo hice uso deliberado de «lapidario» y «decadente» —precisa el de redacción.

—... y con unos temas y unos títulos que estoy seguro que recordarás perfectamente, Hal: «Conjeturas neoclásicas en gramática normativa contemporánea», «Las implicaciones de las transformaciones post-Fourier en el cine holográficamente mimético», «La aparición de la parálisis heroica en la comunicación radial»...

—«La gramática de Montague y la semántica de la modalidad física»,

—«Un hombre que empezó a sospechar que estaba hecho de cristal»,

—«El simbolismo terciario en el erotismo justiniano»... Baste señalar —dice mostrando grandes extensiones de chicle al fondo de la boca— que existe una preocupación sincera y honesta acerca del que ha recibido esas desafortunadas calificaciones, ya que es el único autor de estos ensayos.

—Dudo que Hal sea consciente de lo que aquí se está sugiriendo —dice mi tío. El decano del medio se toquetea

las solapas mientras interpreta unos datos informáticos adversos.

—Lo que aquí está diciendo la universidad es que desde un punto de vista estrictamente académico existen problemas de admisión que Hal debe ayudarnos a resolver. El papel prioritario del solicitante a la universidad es y debe ser el de un estudiante. No podríamos admitir a un alumno del que tenemos muchas razones para sospechar que no tiene el nivel adecuado, por más campeón que pueda ser en el campo de juego.

—El decano Sawyer quiere decir la pista de tenis, Chuck —dice el de asuntos deportivos con la cabeza muy gacha de modo que su mensaje también llegue de algún modo a White, que está detrás de él—. Por no mencionar el reglamento de la ONANCAA y sus investigadores siempre al acecho para oler la más mínima pista de un comportamiento no conforme a las reglas.

El entrenador de tenis consulta el reloj.

—Suponiendo que en este caso las calificaciones del tribunal reflejan acertadamente la verdadera capacidad del solicitante —dice el de asuntos académicos con su voz aguda, seria y ronca mientras observa los documentos que tiene delante como si fueran un plato de algún comestible repugnante—, les digo ya mismo que mi opinión es que no sería justo. No sería justo para los demás candidatos. No sería justo para la comunidad universitaria. —Me mira—. Y sería especialmente injusto para el propio Hal. Admitir a un chico en quien solo vemos un valor deportivo significaría utilizarlo. Y a nosotros se nos vigila estrechamente para que no utilicemos a nadie. Los resultados de tus exámenes, hijo, indican que podríamos ser acusados de utilizarte.

Tío Charles le pide al entrenador White que pregunte al decano de deportes si la tormenta que se cierne por las notas sería tan virulenta si yo fuera, digamos, un prodigio del fútbol americano que diera montones de dinero. Aumenta el conocido pánico de sentirme rechazado y el pecho me

sube y me baja. Concentro la energía en permanecer absolutamente en silencio en la silla, vacío, mis ojos son dos grandes y pálidos ceros. Así he arrancado promesas a más de uno.

Sin embargo, tío C.T. tiene el aspecto azorado de los arrinconados. Su voz adquiere un timbre extraño cuando lo acorralan como si gritara mientras retrocede.

—Las notas de Hal en la AET, institución de la que debo destacar su carácter «académico» y que no es un mero campo de deportes ni una vulgar fábrica, acreditada tanto por las autoridades de Massachusetts como por la Asociación Académica de Deportes de Estados Unidos, una institución, la AET, que está consagrada a las necesidades globales del deportista y del estudiante, fundada por una figura tan sobresaliente que ni siquiera es necesario mencionarla aquí, pero que la basó en el exigente modelo del plan de estudios Quadrivium-Trivium de Oxbridge, un colegio exquisitamente equipado y con un cuerpo docente perfectamente acreditado, todo ello tendría que ser más que suficiente para demostrar que mi sobrino aquí presente puede cumplir los requisitos de la Pac-10 sin despeinarse, y que...

DeLint se aproxima al entrenador de tenis, que sacude la cabeza.

—... Se podría detectar el aroma característico de prejuicios contra los deportes minoritarios en todo este asunto —prosigue C.T. cruzando y recruzando las piernas mientras yo soy todo oídos y estoy sereno y atento.

El silencio carbonatado de la sala ahora es hostil.

—Creo que ya es hora de que el solicitante hable por sí mismo —dice muy tranquilo el de asuntos académicos—. Y eso parece casi imposible con usted aquí presente.

—Tal vez nos excusas un momento y nos esperas fuera, Chuck. —El de asuntos deportivos sonrío con expresión fatigada por debajo de la mano con que se masajea el puente de la nariz.

—El entrenador White podría acompañar al señor Tavis a la recepción —dice el decano amarillento sonriendo ante mis ojos desenfocados.

—... uno llega a creer que todo esto ha sido preparado previamente, desde el... —va diciendo C.T. mientras él y DeLint marchan hacia la puerta. El entrenador de tenis extiende un brazo hipertrofiado.

—Aquí todos somos amigos y colegas —dice el de deportes.

Esto no funciona. Me doy cuenta de que el letrero de salida, EXIT, a un hablante de latín le parecería un letrero en rojo que dice ÉL SE VA. Cedería al deseo de salir corriendo hacia la puerta y adelantarlos por el camino si pudiera estar seguro de que los hombres que hay en esta sala verían que salgo corriendo hacia la puerta. DeLint dice algo al oído del entrenador. Cuando la puerta se abre por un momento, se oyen ruidos de máquinas de escribir y de la centralita telefónica. Ya estoy solo entre los altos cargos de la administración.

—... que nadie se sienta ofendido —dice el de deportes con su chaqueta marrón y la corbata estampada con motivos diminutos—, pero más allá de las capacidades físicas que están en juego, que, créaseme, nosotros respetamos y queremos de verdad...

—... de no ser por eso no estaríamos tan ansiosos por hablar contigo sin intermediarios, ¿te das cuenta?

—... al procesar varias solicitudes anteriores provenientes del despacho del entrenador White, nos hemos enterado de que la escuela Enfield está dirigida, y no importa que esté excelentemente dirigida, por gente muy cercana, en primer lugar, al hermano de usted, de quien aún recuerdo cuánto le mimaba Maury Klamkin, el predecesor de White, de modo que la objetividad de las credenciales aquí presentadas puede ser puesta en duda con cierta facilidad...

—... por quien se lo proponga, digamos la NAAUP, los programas de la Pac-10, que tienen tanta mala leche, la

ONANCAA...

Los ensayos son viejos, pero son míos, *à moi*. Pero sí, son viejos y nada tienen que ver con La Experiencia Educativa Más Significativa De Tu Vida, que es el tema obligatorio de la solicitud. De haberles dado uno del año pasado, les habría parecido obra de un bebé tocando teclas al azar, y eso a ustedes, que usan habitualmente palabras como «quienesquiera». Y en esta compañía más reducida, el director de redacción da la sensación de haber sido accionado de pronto, porque ahora parece el macho dominante de la manada y ha empezado a actuar de un modo más afeminado que al principio, primero de pie y en pose y con una mano en la cintura, luego caminando con un movimiento de hombros, haciendo ruidos con monedas cuando se estira los pantalones y se desliza en la silla aún caliente de las nalgas de C.T., cruzando las piernas de un modo que lo hace entrar bien dentro de mi espacio personal de manera que puedo verle múltiples tics en las cejas y redes de capilares en las bolsas de debajo de los ojos y olerle el suavizante para la ropa y los restos de un caramelo contra el mal aliento que se ha agriado.

—... un muchacho brillante y sólido, pero muy tímido; sabemos que eres tímido. Kirk White nos ha contado lo que le ha contado tu otro instructor más joven provisto de una complexión atlética pero más bien estirado —dice en voz baja el director colocándome lo que me parece que es una mano sobre los bíceps a través de mi americana (no estoy muy seguro)—, que solo necesita respirar hondo y confiar y contar su versión de la historia a estos caballeros carentes de toda malicia, porque solo estamos haciendo nuestro trabajo e intentando cuidar los intereses de todos al mismo tiempo.

Me puedo imaginar a DeLint y White sentados con los codos sobre las rodillas en la postura defecatoria de los atletas en descanso, DeLint contemplándose los enormes pulgares mientras C.T. en la recepción da vueltas elípticas